



Juan Nuñez de Lara y D. Juan Manuel, ya del todo reconciliados con el rey. Allí vino D. Pedro de Azagra con embajada de paz, de parte del rey de Aragon, para que se aliasen contra los moros. Ofrecia la tercera parte de la armada que fuese menester para estorbar el paso á los moros. Respondió el rey que aceptaria su oferta, y que entonces le sería muy grata su amistad cuando hobiese satisfecho á su hermana doña Leonor en las quejas que tenía y en sus pretensiones.

En unas córtés de Aragon, que se hicieron en Daroca, se consultaron todas estas diferencias, y se nombraron por jueces árbitros el infante D. Pedro, tío, hermano de padre del rey de Aragon, y D. Juan Manuel, que para tratar desto era embajador del rey de Castilla. Concluyóse en que se diese perdon al señor de Ejerica, y á la reina y á sus hijos se les confirmase todo aquello que les mandara su padre. Para que más fácilmente tuviese el efecto esta concordia, vino bien que D. Pedro de Luna, arzobispo de Zaragoza, que la contradecia, á á esta sazón se hallaba ausente, citado por el papa para que pareciese á Roma á responder á cierto pleito y demanda puesta contra él. Firmó el rey de Castilla estos capítulos en Madrid, y la reina doña Leonor y sus hijos se volvieron á Aragon, do fueron bien recibidos casi con aparato real. Suelen acomodarse y conformarse con el tiempo, así bien los reyes como las personas particulares, y usar de grandes disimulaciones para poder gobernar la república, mayormente en tiempos revueltos.

El arzobispo de Rems y el maestre de Ródas, y el arzobispo de Braga, que era embajador del rey de Portugal para tratar de las paces, fueron despedidos por entonces del rey de Castilla, por parecer pedian capitulaciones injustas. Lo que más descontentaba era que pedian á doña Constanza, hija de D. Juan Manuel, para que se desposase con D. Pedro, heredero de Portugal. En el principio del año de mil trescientos treinta y nueve murió D. Vasco Rodríguez Cornado, maestre de Santiago.

En su lugar fué elegido por voto de los caballeros su sobrino D. Vasco Lopez. Pesóle mucho al rey, y enojóse desta eleccion como

quier que deseaba el maestrazgo para su hijo D. Fadrique. Opusieronle al nuevo maestre contra su persona muchos capitulos y defectos en la eleccion; si verdaderos, si falsos por hacer lisonja al rey, ¿quién lo averiguará? El maestre, por adivinar la tempestad que venia sobre él, se fué á Portugal, con que pareció darse por culpado; así, en ausencia, fué privado de la dignidad, y dada por ninguna la primera eleccion, fué elegido de nuevo por maestre D. Alonso Melendez de Guzman, tío hermano de madre del niño D. Fadrique, con asaz grande dolor y murmuracion de muchos, que echaban de ver una maldad y desconcierto tan grande, que no bastase el peligro grande del reino para que echasen dél la ambicion y sobornos.

Por este tiempo, quién dice dos años ántes, D. Ruy Perez, maestre de Alcántara, fué al tanto privado del maestrazgo y elegido en su lugar D. Gonzalo Martinez, á quien otros llaman Nuñez; algunos, por la disimilitud y diversidad de los nombres, hacen diverso y dividen lo que no se debe apartar, porque en la lengua antigua de Castilla Nuño y Martin son una misma cosa. Lo sobredicho se hizo con autoridad de D. Juan Nuñez de Prado, maestre de Calatrava, á quien por sus antiguas constituciones estaban sujetos los caballeros de Alcántara. Tratábase con grande calor lo tocante á la guerra de los moros; para ella, de todo el reino se juntaba grande ejército en Sevilla. Apercibióse brevisimamente el rey de Castilla, porque tuvo nuevas que Abomelique era de África pasado por el Estrecho con cinco mil hombres de á caballo; era ya cumplido el tiempo de las treguas, y convenia que con la presteza se impidiese el intento de los moros.

Hízose entrada en el reino de Granada, talaron los campos de Antequera y Archidona, y apenas las mismas ciudades se libraron desta furia. Lo mismo se hizo en los términos de Ronda, y por el esfuerzo de D. Juan de Lara y de D. Juan Manuel y del maestre de Santiago fué desbaratada gran multitud de moros que salieron de aquella ciudad á dar y cargar en nuestra retaguardia, en que iban estos capitanes. Ejecutaron los vencedores el alcance; muchos moros que se recogieron á ciertas breñas,



forzados del miedo, se despeñaron de aquellos riscos por salvarse, y se hicieron pedazos. Con esto los cristianos se volvieron á Sevilla, y de allí se enviaron muchas guarniciones para guardar las fronteras contra los moros. Vino en esta sazón el almirante de Aragon Gilaberto con doce galeras y órden de su rey que se juntase con la armada del rey de Castilla, y guardase el Estrecho de Gibraltar. La falta de dineros era grande; para suplir esta necesidad, en el mes de Setiembre fué el rey á las córtés que tenía aplazadas para Madrid. Dejó por general en su lugar al maestre de Santiago, repartió otrosí entre los demas grandes, ricos-hombres y capitanes el cuidado de lo que en su ausencia hacerse debía.

En Nebrija, villa puesta á la boca del Guadalquivir, sentada en una campaña fertilisima, tenían juntada gran copia de trigo para el gasto de la guerra. Los moros, cobrada osadia con la partida del rey, se concertaron de ir sobre esta villa y tomarla. Sabido esto por los nuestros, fuéles forzado (puesto que era en el rigor del invierno) de sacar las guarniciones y compañías de los alojamientos. Abomelique, resuelto de hacelles rostro, asentó sus reales junto á Jerez, y envió mil y quinientos caballos á Nebrija. Los de la villa se defendieron; robaron empero los moros y estragaron los campos. Acudieron á la fama de lo que pasaba, de Tarifa Fernan Perez Portocarrero, y de Sevilla Alvar Perez de Guzman y D. Pedro Ponce de Leon, señores principales, y el maestre de Alcántara con su gente, con que entrara á hacer cabalgadas en tierra de moros, se juntó con estos capitanes; pequeño número en comparacion de la grande muchedumbre de los moros. Marcharon de dia y de noche; vinieron á alcanzar cerca de Arcos á los mil y quinientos moros, que caminaban muy despacio por ir embarazados con la grande presa que llevaban. Dieron con grande furia en ellos, y los desbarataron; apenas escapó ninguno que no fuese muerto ó preso, quitáronles toda la cabalgada que llevaban.

Con tan dichoso y buen suceso, animados los nuestros, entraron en consejo si acometerian á Abomelique, hecho que no era proporcionado

con el pequeño número de gente que llevaban. Los pareceres variaban; unos, considerada la gran multitud de los moros, eran de parecer que no tentasen más la fortuna; otros, con ánimo feroz y generoso, decian que no debian de tener miedo á los moros, sino que confiados en Dios y en el valor y esfuerzo de sus soldados, no perdiesen tan buena ocasion como se les presentaba de hacer un hecho memorable; que no vence el número, sino el ánimo, y que no era razon que en semejante coyuntura dejasen de arriscar sus personas y sus vidas que tan poco les podian durar. Siguióse al fin este parecer; la honrosa vergüenza pudo más que la cobardía recatada. Los moros, descuidados con los prósperos sucesos pasados, levantado su real con grandísimo desórden, marchaban la vía de Arcos sin llevar adalides ni centinelas; infinitas veces ha sido total perdicion menospreciar al enemigo.

Los cristianos, al amanecer, entre dos luces, tocada la señal de arremeter, hirieron valerosamente en los moros; á la pasada de un rio quinientos moros hicieron un poco de resistencia; pero luégo que los nuestros le pasaron, todo lo demas fué fácil; en un momento los moros fueron puestos en huida y destrozados. Abomelique (como suele acaecer en un repentino alboroto) huía á pié; así, sin ser conocido, fué muerto por los que seguian el alcance, que cuidaron fuese algun soldado particular: su primo Aliatar al tanto murió en la batalla; perecieron cerca de diez mil moros, tal fama corria. Los nuestros, robados los reales y el carruaje de los enemigos, y alegres con las dos victorias que ganaron, con mucha honra y contento volvieron sus soldados á los alojamientos de que los sacaron. Este año el arzobispo de Tarragona celebró concilio provincial en Barcelona, y en él, con una solemnisima procesion, el cuerpo de Santa Eulalia se trasladó á otro más honrado y conveniente lugar. El rey de Aragon fué á Aviñon á dar al papa la obediencia y reconocerle, y hacer el homenaje que tenía obligacion como feudatario de la Iglesia por las islas de Cerdeña y Córcega.

La muerte de Abomelique fué muy llorada y plañida en África: su padre la sintió tierni-





simamente; dolíanse y querellábanse que con su temprana y arrebatada muerte no había podido llegar á ser tal rey, como prometían sus buenas partes. Con esto, muy más inflamados y deseosos de vengarle, se dieron gran priesa á aprestar la jornada que tenían pensado hacer en España. Para ello hicieron por todo el reino grandes llamamientos de gentes, y por toda la África enviaron asimismo ciertos hombres, que con muestra de santidad, con pretexto y color de religion y de un grande servicio de Dios incitasen los moros á tomar las armas en defensa y aumento de la religion y secta de sus antepasados. Con esta voz se juntó un increíble número de soldados, setenta mil de á caballo, y cuatrocientos mil de á pié: muchedumbre tan grande, cual es cosa averiguada, nunca alguno de los pasados reyes juntaron para pasar en España. Recogieron otrosí una flota, doscientas y cincuenta naves y setenta galeras, armáronla de soldados, y basteciéronla de vituallas y de todo lo al.

Estaba el rey de Castilla con gran congoja y cuidado de la defensa que tenía de hacer á los moros, cuando le sobrevino otra nueva pesadumbre. Diéronle grandes querellas de don Gonzalo Martinez, ó Nuñez, maestre de Alcántara. Acusábanle de muchos delitos, no sabré decir si fueron verdaderos ó falsamente imputados; fué empero citado á que pareciese ante el rey en Madrid á responder á la acusacion que le ponían, y descargarse. Tuvo en poco el mandato del rey, y no quiso parecer, sino pasarse al rey de Granada, que fué remediar una culpa con otra mayor. No se sabe si esto lo hizo por tener mal pleito, ó con temor del poder y asechanzas de doña Leonor de Guzman, que le era contraria. Demas desto el general de la armada del rey de Aragon, saltado que hubo con su gente en la playa de Algecira, fué muerto con una saeta en una escaramuza que trabó con los moros. Sin embargo, venida la primavera, se partió el rey á la Andalucía, y los diseños del maestre D. Gonzalo, con la diligencia y presteza que se puso, fueron desbaratados. Cercáronle en Valencia, pueblo que cae en el distrito de la antigua Lisitania: rindióse al rey, fué preso y dado por traidor, y como tal dego-

llado y quemado, á propósito todo que los demas escarmentasen con un castigo tan grande. Fué elegido en su lugar D. Nuño Chamizo, varon de conocida virtud y grandes prendas.

Comenzaba Albohacen á pasar su ejército en España; envió delante tres mil caballos, que para hacer demostracion de su esfuerzo corrieron la tierra de Arcos, Jerez y Medina sidonia, y les talaron los campos; mas como no se volviesen con grande presa, salieron los de Jerez á ellos, cargaron de sobresalto sobre los que iban descuidados y seguros, desbaratáronlos y quitáronles la presa, con muerte de dos mil dellos. En este comedio, gastados cinco meses en pasar el Estrecho, todo el ejército de los moros se juntó cerca de Algecira por negligencia del almirante Tenorio.

Todo el pueblo le cargaba la culpa de que él les pudo estorbar el paso; verdad es que muchas veces el pueblo con envidia é ingrato ánimo se queja de los hombres valerosos. No pudo sufrir esta afrenta el feroz corazon del almirante. Atrevióse á pelear con toda la armada de los enemigos, recibió una gran derrota, murió él en la batalla y fué echada á fondo su armada. Salváronse solamente cinco galeras, que, huyendo, aportaron á Tarifa. El rey se hallaba suspenso entre dos dificultades que le tenían puesto en gran cuidado: por una parte temia no le sucediese á España algun gran desastre; por otra, el deseo de ganar honra y fama le solicitaba. En Sevilla, donde proveía las cosas necesarias para la guerra, acordó de hacer junta de los prelados y grandes del reino para consultar lo tocante á la guerra. Desque estuvieron juntos, puesta la espada á la mano derecha y la corona á la izquierda, sentado en su real trono, les hizo una plática en esta manera:

«Parientes y amigos míos, ya veis el peligro en que está todo el reino y cada uno en particular. Pienso tambien que no ignorais en qué estado estén nuestras cosas. Desde mis primeros años, juntamente con el reino, me han fatigado continuas congojas y afanes; así lo ha ordenado Dios; dame con todo eso mucha pena que nuestros pecados los hayan de pagar los inocentes. Aún no teníamos bien sosegados los alborotos del reino, cuando ya nos hallamos



«apretados con la guerra de los moros, la más pesada y de temer que España ha tenido. Mis tesoros consumidos, y nuestros súbditos cansados con tantos pechos, sólo en mentarles nuevos tributos se exasperan y azoran. ¿Por ventura será bien hacer paz con los moros? Pero no hay que fiar en gente sin fe, sin palabra y sin religion. ¿Pedirémos socorro fuera de nuestros reinos? No era malo; mas á los reyes nuestros vecinos se les da muy poco del peligro y necesidad en que nos ven puestos. ¿Tendrémos confianza de que Dios nos ayudará y hará merced? Temo que le tenemos mal enojado con nuestros pecados y que no nos desampare. No llega mi prudencia ni consejo á saber dar córte y remedio conveniente á tan grandes dificultades. Vos, amigos míos, á solas lo podréis consultar, y conforme á vuestra mucha prudencia y discrecion veréis lo que se debe hacer, que para que con mayor libertad digais vuestros pareceres, yo me quiero salir fuera. Sólo os advierto mireis que de vuestra resolución no se siga algun gran peligro á esta corona real, ni á esta espada deshonra ni afrenta alguna; la fama y gloria del nombre español no se mengüe ni escurezca.»

Ido el rey, hobo varios pareceres entre los que quedaron: los más prudentes afirmaban que las fuerzas del rey no eran tantas que pudiesen resistir al gran poder de los moros; que sería acertado hacer paz con el enemigo, con algunos partidos razonables. Otros, con mayor esfuerzo, deseosos de ganar honor y fama, fueron de voto que la guerra pasase adelante: decían no poderse hacer paz alguna que no fuese deshonrada y que les estoviese muy mal, porque de necesidad las condiciones della serian á gusto y ventaja del enemigo. Siguióse este parecer, y todos fueron de acuerdo que se procurase solicitar los reyes de Aragon y de Portugal para que juntasen sus gentes y armas con las del rey. Rehízose la armada en el puerto de Sanlúcar y dióse el cargo della á D. Alfonso Ortiz Calderon, prior de San Juan. El rey de Aragon envió su armada con el capitán Pedro de Moncada. Los ginoveses, á costa del rey de Castilla, ayudaron con quince galeras.

Juan Martinez de Leiva fué por embajador

al sumo pontífice para alcanzar indulgencia á los que se hallasen en esta santa guerra. El papa vino en ello, y á todos los que tres meses sirviesen en ella á su costa, les concedió la cruzada y jubileo plenísimo, y remision de todos sus pecados, y cometió la publicacion destas indulgencias á D. Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo.

Para ganar al rey de Portugal, el rey de Castilla dió licencia para que doña Constanza, hija de D. Juan Manuel, se enviase á Portugal, y se desposase con el infante D. Pedro. Así se celebraron las bodas en Évora con real majestad y aparato: la dote fueron trescientos mil ducados. Demas desto doña María, reina de Castilla, por mandado del rey su marido fué á Portugal á suplicar al rey su padre quisiese juntar sus fuerzas con las de Castilla, y ayudar en esta santa demanda. Su padre se lo otorgó; y prometió de por su propia persona hacer el socorro que le pedían. Luégo con el capitán Pecano, que ya estaba suelto de la prision, envió de Portugal doce galeras. El rey de Castilla, por gratificar al rey de Portugal y ganarle más la voluntad, se partió á Portugal, y se hablaron junto á Juramena, pueblo sentado á la ribera de Guadiana. Quedaron los reyes muy amigos; olvidadas ya todas las antiguas querellas que entre sí tenían; que el miedo suele ser más poderoso que la ira.

En el entretanto de todas partes acudían á Sevilla muchas gentes de guerra. Juntábase el ejército tanto con mayor priesa y diligencia, porque vino aviso que Albohacen y el rey de Granada tenían cercada á Tarifa. Sentaron sobre ella sus reales en veintitres de Setiembre; combatíanla furiosamente con trabucos, con mantas y picos, con que pretendían arrimarse á los adarves y hacer entrada; para acrecentar el miedo á los cercados, edificaban grandes torres de madera, y aunque los cercados tenían buena guarnicion, tenía se miedo que no podrían mucho tiempo sufrir el cerco. El rey, temeroso no entregase la ciudad, por este temor con mucha diligencia solicitaba el socorro, y á los cercados se les daba cierta esperanza de brevemente acudilles. Despues que el rey tornó á Sevilla, dende á pocos dias llegó el rey de





Portugal con mil caballos, gente de estimar más por su esfuerzo y valor que por el número, que era pequeño.

Puestas en orden y apercebidas todas las cosas necesarias para la jornada, partieron de la ciudad de Sevilla, donde se hacia la masa, con determinacion de forzar al enemigo á que levantase el cerco, ó dale la batalla. Tenian grande ánimo y esperanza de alcanzar victoria, no obstante que apenas tenian la cuarta parte de gente que los moros. Los de á caballo eran catorce mil, y los de á pié serian hasta veinticinco mil. Con este ejército marcharon poco á poco la vía de Tarifa. Los reyes moros, avisados del desiño que los nuestros llevaban, pegaron fuego á las máquinas y torres con que combatian la ciudad; y por si se viniese á las manos, para mejorarse de lugar ocuparon con sus gentes unos cerros cercanos á sus reales. No se fortificaron mucho, por tener entendido que consistia la victoria, en venir luego á las manos. Llegaron los nuestros á una aldea que se llama la Peña del Ciervo; allí descubrieron los enemigos, y se hizo consejo de capitanes para consultar lo que se debia hacer. Tomóse resolucio que á la media noche se enviasen á Tarifa mil caballos y cuatro mil infantes para que estuviesen de guarnicion y asegurasen la plaza: juntamente llevaban orden al tiempo de la pelea de acometer á los enemigos por un lado, y echarlos de los cerros; á los demas se les mandó que descansasen y tomasen refresco, y que estuviesen apercebidos para dar al amanecer en los enemigos.

Hubo grande regocijo aquella noche en nuestros reales; hicieronse muchos votos y plegarias, y á bandas y escuadras se prometian y conjuraban de en los peligros favorecerse los unos á los otros, y de no volver á sus casas si no era con la victoria. Al apuntar del alba los reyes y con su ejemplo los demas del ejército confesaron y recibieron el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; luego se formaron los escuadrones en orden de batalla. Dióse la vanguardia á D. Juan de Lara, y á D. Juan Manuel y al maestre de Santiago; la retaguardia se encomendó á D. Gonzalo de Aguilar; D. Pero Nuñez quedó de respeto con buen gol-

pe de gente de á pié. El cuerpo y fuerzas del ejército quedó á cargo de los reyes, acompañados del arzobispo de Toledo D. Gil de Albornoz, y de otros obispos y grandes del reino. El pendon de la Cruzada, por mandado del papa le llevaba un caballero frances llamado Iugo; todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz. El rey de Portugal tomó á su cargo de acometer al rey de Granada; hacianle compañía con su gente los maestros de Alcántara y de Calatrava.

El rey de Castilla, ya que tenia las haces en orden y á punto de arremeter contra Albohacen, animó á los suyos y los inflamó á la batalla con estas razones: «Tened por cierto, mis caballeros, y creedme, que esta desordenada muchedumbre de bárbaros, allegada de muchas gentes sin defecto ni orden alguno, la ha traído á nuestra España una profunda avaricia, y una sed insaciable de reinar, y un mortal é implacable odio que tienen al nombre cristiano, y no alguna justa causa que tengan para movernos guerra. No vos atemorice su innumerable multitud, porque ella misma los ha de destruir. Los unos á los otros se embazarán de tal manera, que ni podrán guardar sus ordenanzas, ni entender lo que se les mandare. Quanto cada uno se mostrare más sin miedo, y cuidare ménos de su persona, tanto estará más seguro; que á ninguno le está bien poner la esperanza de su vida en los piés, sino en sus manos y esfuerzo: volved valerosamente la cara al enemigo, y no las espaldas ciegas para ser heridas de los contrarios. Vémonos en tiempo, que ó hemos de darnos por esclavos á los moros, ó tenemos de pelear animosamente por la patria, por nuestras mujeres é hijos, y por nuestra santísima fe, con cierta y no vana esperanza de alcanzar una gloriosísima victoria; que si otra cosa sucediere, ¿dónde con mayor provecho ni más honradamente podemos arriscar las vidas que mañana se han de acabar? ¿qué cosa nos puede ser más saludable, que con un brevísimo dolor ganar aquellas perpétuas sillas celestiales? que es lo que aquella santísima cruz nos promete,



«á quien tenemos por amparo y guía en esta jornada, y lo que los obispos nos aseguran y conceden. Ea, pues, soldados y amigos, alegres y sin ningun recelo acometed y herid en vuestros mortales enemigos.»

Dada la señal, luego empezaron los escuadrones á adelantarse y moverse hácia el enemigo. Corria entre los dos campos un rio que llaman el Salado, de quien esta memorable batalla y victoria tomó el nombre (que se llamó la del Salado), y dende á poco espacio entra en el mar. Los que primero le pasasen, eran los primeros á pelear. Envió el rey bárbaro dos mil jinetes para que estorbasen el paso. Entre tanto él, arrogante y muy hinchado con la esperanza de lo victoria, que ya tenia por suya, habló á sus escuadrones en esta manera: «Si mirára solamente á nuestra edad, y á los grandes hechos que en África hemos acabado, ninguna cosa nos faltaba ni para gozar desta vida, ni para que de nosotros en los venideros tiempos quedase un glorioso nombre y perpetua fama, pues con vuestro esfuerzo, valerosos soldados, tenemos ya sujetas todas las provincias que con nuestro imperio confinan. El amor de nuestra nacion, y el deseo del aumento de nuestra sagrada y paterna religion y vuestros ruegos me hicieron pasar en España. Cosa fea sería no cumplir en la batalla lo que en tiempo de la paz me teneis prometido; y mal parecerá ser flojos en la pelea, y en sus casas hacer grandes amenazas y blasones. Cuando nuestros enemigos fueran otros tantos como nos, estuviera yo en vuestro valor bien confiado; cuando el peligro fuera cierto, sin duda tuviera por mejor quedar todos muertos en el campo que mostrar ninguna flaqueza; al presente teneis llana la victoria, nuestros enemigos son pocos, mal armados, sin disciplina militar, y con ménos uso de la guerra; lo que más al presente se puede temer, es no sea caso de ménos valer venir á las manos con gente semejante aquellos que han domado la poderosa África, pues de cualquier manera que á ellos les avenga, les será mucha honra contrastar con nosotros. Tened presentes aquellas insignes victorias de Fez, de Tremecen y del Algarbe. Pelead con aquel ánimo y con aque-

«lla confianza, que es razon tengan concebida en sus pechos los que están acostumbrados á vencer. Acometed con gallardía, tened firme en los peligros, menospreciad vuestros enemigos, y aún la misma muerte.»

De parte de los cristianos guiaron al rio y llegaron los primeros D. Juan de Lara y don Juan Manuel; estuvieron un rato parados, no se sabe si de miedo, si por otra ocasion, pero es cierto que se sospechó y derramó por todos los escuadrones que estaban conjurados, y que lo hacian de propósito. Los dos hermanos Lassos, Gonzalo y García, pasado un pequeño puente, fueron los primeros que comenzaron á pelear. Cargó muy mayor número de enemigos que ellos eran; estaban estos caballeros muy apretados, socorriólos Álvar Perez de Guzman, siguiéronles los demas. El rey de Portugal caminaba á la parte siniestra por la ladera de los cerros. El rey de Castilla, con un poco de rodeo que hizo la vuelta de la marina, con grande ímpetu dió en los moros. Alzaron de ambas partes grandes alaridos, animábanse unos á otros á la batalla, peleábase por todas partes valerosamente. Deteníanse los escuadrones, y á pié quedo se matan, hieren y destrazan. Los capitanes hacen pasar los pendones y banderas á aquellas partes donde es la mayor priesa de la batalla y donde ven que los suyos tienen mayor necesidad de ser acorridos.

Ciertas bandas de los nuestros se apartaron de la hueste por sendas que ellos sabian; dieron en los reales de los moros, y desbaratada la guarnicion que los guardaba, se los ganaron. Destruyeron y robaron quanto en ellos hallaron. Visto esto por los moros que andaban en la batalla y hasta entónces se defendian valientemente, comenzaron á desmayarse y á retraerse, y á poco rato volvieron las espaldas y fueron puestos en huida. Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y en el alcance doscientos mil moros, cautivaron una gran multitud dellos; de los cristianos no murieron más de veinte, cosa que con dificultad se puede creer y que causa grande espanto. Los soldados de la armada fueron de poco provecho, porque todos los aragoneses, sin faltar uno, se estuvieron dentro de las naves. No se